

en calificarlo diciendo: *la conspiración contra Moreau*. El hermano del general, que era miembro del tribunal, subió precipitadamente a la tribuna de esta asamblea, y declaró que su hermano había sido calumniado, y que para probar su inocencia pedía él solamente que fuese entregado a la justicia ordinaria, y no a un juzgado especial. No reclamaba para su hermano sino los medios de hacer triunfar la verdad. Escucháronse sus palabras sin emoción, pero con pesadumbre. La mayoría de las corporaciones se mostró leal y affigida a un mismo tiempo; no parecía sino que desde el rompimiento de la paz empezaba a torcerse la fortuna del primer cónsul, hasta entonces tan afortunado como grande. No se creía que hubiese él inventado aquella conspiración, pero afligía el pensar que su vida estaba aún en peligro, y que para defenderla había que castigar a los hombres más ilustres de la república. Se contestó, pues, al mensaje del gobierno con un discurso en que resaltaba la expresión común en tales circunstancias, del interés y de la adhesión que al jefe del Estado se profesaban, y de los votos ardientes que se formaban para que la justicia quedase pronta y lealmente satisfecha.

Grande fué, como no podía menos de serlo, el rumor que causaron dichas prisiones. La generalidad del pueblo estaba muy dispuesta a indignarse contra toda tentativa que amagase a la preciosa vida del primer cónsul. Sin embargo, no dejaba de ponerse en duda la realidad de la trama. Nada en verdad había imposible después de la abominable máquina infernal; pero entonces el crimen precedió a la instrucción de la causa, y además se manifestó con las formas del más atroz atentado. Ahora se anunciaba un proyecto de asesinato, y con la mera denuncia del proyecto se arrestaba a uno de los hombres más ilustres de la república, objeto para todos de la envidia del primer cónsul. Preguntaban los malignos dónde estaba Jorge, dónde Pichegrú; según ellos, estos dos personajes ni siquiera estaban en París, y todo era una invención odiosa, una fábula torpemente forjada.

El primer cónsul, tan sereno en un principio ante el nuevo peligro que a su persona amenazaba, se enojó terriblemente al ver las indignas calumnias a que daba ocasión aquel peligro. Exaltábase al pensar que no contenta la maledicencia con verle convertido en blanco de la más negra insidia, todavía le querían hacer pasar por urdidor de tramas, por envidioso, cuando era él el perseguido por la más baja envidia; y por autor de pérfidos proyectos de los demás, cuando su propia vida corría el más grave riesgo. Apoderóse de él una cólera que no cesó de aumentar con el progreso de la causa; mostró en descubrir los autores de la conspiración un verdadero encarnizamiento, no por el amor a su propia vida, en la cual no pensaba porque confiaba ciegamente en su fortuna, sino por su empeño en confundir la infamia de sus detractores, que le representaban como inventor de las asechanzas de que pudo, y de que aún podía ser víctima.

Esta vez no era contra los republicanos contra quienes estaba más irritado, sino contra los realistas. Lo contrario sucedió cuando ocurrió lo de la máquina infernal, pues a pesar de ser los realistas sus autores, se obstinó en perseguir a los republicanos porque veía en éstos un obstáculo para todas las mejoras que proyec-

taba. Pero su indignación ahora tenía distinto objeto. Desde su ascenso al poder había hecho a los realistas continuos beneficios: los había sacado de la opresión y del destierro; les había devuelto la calidad de franceses y de ciudadanos; les había restituido todos los bienes que había podido, y había hecho todo eso contra la opinión y gusto de sus más fieles partidarios. Para amnistiar a los eclesiásticos había arrojado las preocupaciones más arraigadas del país y de la época; para amnistiar a los emigrados había desatendido las inquietudes y zozobras de la clase más cavilosa y asombradiza, que era la de compradores de bienes nacionales; finalmente, había conferido a varios de estos realistas funciones de la mayor importancia, y aún empezaba a colocarlos cerca de su persona. Cuando se compara, en efecto, el estado en que los encontró al salir del régimen de la Convención y del Directorio, con el estado en que los había puesto últimamente, no se puede menos de reconocer que nunca se había favorecido más a un partido, que jamás protector alguno fué más generoso, ni tuvo miras de justicia más elevadas, ni se pagó jamás con más negra ingratitud una conducta más noble y digna. Había expuesto el primer cónsul por los realistas su misma popularidad, y, lo que es más aún, se había arriesgado a perder la confianza de todos los hombres sincera y honradamente adictos a la revolución, porque había consentido se dijese y creyese que pensaba restablecer a los Borbones.

En pago de tantos esfuerzos y beneficios, habían querido los realistas hacerle volar incendiando un barril de pólvora en 1800, y querían ahora asesinarle en un camino público; y éstos eran los que le acusaban en sus reuniones de forjar las tramas urdidas por ellos mismos.

Este resentimiento se apoderó en breve de su alma ardiente, y produjo en él una reacción instantánea contra el partido culpable de semejantes intrigas. Por eso su venganza no se dirigía ahora contra los republicanos; no es decir que le pesase ver a Moreau reducido a admitir el humillante beneficio de su clemencia, pero quería descargar sobre los realistas todo el peso de su cólera, y según él mismo decía, estaba resuelto a no darles cuartel. Las revelaciones sucesivas avivaron más este resentimiento, y le convirtieron en una especie de manía.

Mientras se buscaba a Jorge y a Pichegrú con la mayor diligencia, se hicieron nuevas prisiones, y se consiguió que Picot y Bouvet de Lozier refiriesen pormenores más amplios y de mayor gravedad que todos los que hasta entonces habían prestado. No queriendo éstos pasar plaza de asesinos, se apresuraron a declarar que habían llegado a París en compañía de los personajes más calificados de la corte de los Borbones, entre los cuales contaban principalmente a Riviere y a Polignac; y declararon por fin positivamente que esperaban a un príncipe que se pusiera a su frente. Esperábanle, decían, de un momento a otro, y aun creían que este personaje tan deseado debía formar parte del último desembarco que estaba anunciado para el mes de febrero. Corría entre ellos la voz de ser el príncipe designado el duque de Berry (1).

(1) Extracto de la cuarta declaración de Luis Picot ante el prefecto de policía, el 25 pluvioso (15 de febrero). - Tomo II, página 398.

Las declaraciones sobre este punto llegaron a ser sumamente precisas, concordantes y completas, y la conjuración adquirió a los ojos del primer cónsul una claridad funesta. Entrevió al conde de Artois y al duque de Berry rodeados de emigrados, unidos por medio de Pichegrú con los republicanos, servidos por una hueste de sicarios, y hasta prometiendo a éstos ponerse a su frente para asesinarle en una insidiosa celada, a que daban el nombre de combate leal con armas iguales. Entregado a su frenesí, se abandonó totalmente al ansia de apoderarse de ese príncipe que debía trasladarse a París por la costa de Biville, y se expresaba ahora contra los príncipes y grandes señores que se degradaban con tan infame oficio, con aquella misma impetuosa con que declamó contra los jacobinos cuando ocurrió el suceso de la máquina infernal.—Creen los Borbones, exclamaba, que es permitido verter mi sangre como la de los más viles animales; pero mi sangre vale tanto como la suya. Yo les causaré a ellos todo el terror que han querido hacerme experimentar; perdonaré a Moreau su debilidad y la seducción que sobre él ha ejercido una necia envidia; pero haré fusilar sin la menor piedad al primero de esos príncipes que caiga bajo mi mano. Yo les enseñaré con qué especie de hombre han querido habérselas.—Durante aquel terrible procedimiento, no cesó de expresarse en aquel lenguaje; andaba taciturno, agitado, amenazador, y ofrecía el extraño síntoma de trabajar mucho menos que de costumbre. Parecía que se había olvidado enteramente de Boloña, del Texel y de Brest.

Sin perder un instante hizo llamar al coronel Savary, en cuya fidelidad descansaba enteramente. No era el coronel Savary un hombre malo, por más que hayan dicho los detractores inevitables de todo régimen caído: estaba dotado de un talento más que mediano; pero como educado en el ejército, no tenía principios fijos sobre cosa alguna, y no conocía más moral que la fidelidad a un jefe, del cual había recibido los mayores beneficios. Acababa de pasar unas cuantas semanas en el Bocage, disfrazado y expuesto a muy graves peligros, y le mandó el primer cónsul que se disfrazara de nuevo

Ha declarado:

Desembarqué con Jorge entre Dunkerque y la ciudad de Ea. Ignoro si se verificaron otros desembarcos anteriores; pero sé que hubo otros dos posteriormente. Hablábame de un cuarto desembarco mucho más considerable, que debía componerse de veinticinco personas, entre cuyo número se contaba el duque de Berry. No sé si ha tenido lugar este desembarco, pero sí que Bouvet y el llamado Armand debían ir a buscar al príncipe.

Extracto del segundo interrogatorio de Bouvet en 30 pluvioso (20 de febrero). - Tomo II, pág. 172.

Pregunta. ¿Hacia qué época y de qué modo cree el declarante que Moreau y Pichegrú se concertaron sobre el plan que Jorge vino a ejecutar a Francia, encaminado al restablecimiento de los Borbones?

Respuesta. Creo que de mucho tiempo atrás estaban en correspondencia Pichegrú y Moreau, y sólo se fijó el plan vagamente cuando Pichegrú aseguró al príncipe que Moreau procuraba por todos sus medios que se pronunciase la Francia en su favor. Entonces se convino en el restablecimiento de los Borbones, en promover en París un movimiento sostenido por la presencia del príncipe, en un ataque a viva fuerza dirigido contra el primer cónsul, y en la presentación del príncipe a las tropas hechas por Moreau, el cual había de preparar los ánimos de antemano.

(N del A)

y fuera con un destacamento de gendarmes escogidos a apostarse en la costa de Biville. Eran estos gendarmes, con respecto a su cuerpo, lo mismo que la guardia consular con respecto al ejército, esto es, una reunión de los soldados más valientes y disciplinados de su arma, y podían confiárseles las más arduas comisiones sin temer la menor infidelidad. A veces, cuando lo exigía alguna urgencia imprevista del servicio, se ponían en camino dos de ellos en una silla de posta y conducían muchos millones en oro al centro de las Calabrias ó de la Bretaña, sin que se les ocurriera una sola vez faltar a su deber. No eran, pues, como han supuesto algunos, sicarios, sino soldados que obedecían a sus jefes con una exactitud rigurosa, aunque verdaderamente temible bajo un régimen arbitrario y con las leyes de aquella época. Se mandó al coronel Savary llevar consigo cincuenta hombres de aquéllos, darles un disfraz, armarles bien, y conducirlos a la costa de Biville. Ninguno de los procesados dudaba en manera alguna que iba a llegar un príncipe con la partida que debía desembarcar próximamente. Sólo había variedad en un punto, en si sería el duque de Berry ó el conde de Artois el que llegase. El coronel Savary debía permanecer noche y día en lo alto de la costa, esperar el desembarco, apoderarse de todos los que formaran parte de él, y conducirlos a París. La resolución del primer cónsul era irrevocable: había decidido entregar a una comisión militar, y hacer fusilar inmediatamente, al príncipe que cayera en sus manos: deplorable y terrible sentencia, cuyas funestas consecuencias veremos en breve.

Mientras dictaba estas órdenes, estaba animado con respecto a Moreau de sentimientos muy diversos. Teníale, por decirlo así, bajo su planta, comprometido y completamente desacreditado, y se proponía tratarle con una generosidad ilimitada. Con este propósito dijo al gran juez el día mismo del arresto: «Es preciso que por lo que respecta a los republicanos quede todo terminado entre Moreau y yo. Vaya usted a tomarle declaración a su prisión, condúzcale usted en su coche a las Tullerías; nos pondremos de acuerdo, y yo olvidaré los agravios hijos de una envidia que, más bien que en su corazón, está en el de las personas que le rodean.» Pero desgraciadamente le era más fácil al primer cónsul perdonar que a Moreau aceptar su perdón. Declararlo todo, esto es prosternarse a los pies del primer cónsul, era un acto de abatimiento que no podía esperarse de un hombre cuya alma impasible, si bien se exaltaba difícilmente, tampoco se humillaba con facilidad. Sólo monsieur Fouché, si hubiera seguido siendo ministro de la policía, hubiera podido con algún fruto amonestar a Moreau, pues con su lenguaje familiar é insinuante era el hombre más capaz para penetrar en un alma pertrechada por el orgullo y la desgracia, y dejar intacto ese orgullo diciéndole con una especie de benevolencia, cuyas frases sólo él sabía formar: «Usted ha querido derribar al primer cónsul, pero ha sucumbido y es ahora su prisionero. Todo lo sabe, pero está usted perdonado, y quiere volverle a usted su posición perdida. Acepte usted su buena voluntad, y no se deje engañar por una falsa dignidad hasta el punto de rehusar una merced inesperada, que le volverá a colocar en el mismo puesto que ocuparía a no haber expuesto su existencia conspirando.» Pero en vez de enviarle esta tercera persona,

poco escrupulosa, pero sagaz y diestra, le enviaron un hombre de bien que, presentándose al ilustre acusado con todo el aparato de su ministerio, dejó frustradas las buenas intenciones del primer cónsul.

Fué el gran juez Regnier á la prisión de Moreau, revestido de su toga, y acompañado del secretario del Consejo de Estado Loqué; hizo comparecer al reo, y le interrogó prolijamente con ceremoniosos miramientos. Lajolais, arrestado también, había, aquel mismo día, declarado casi todo lo concerniente á las relaciones de Moreau con Pichegrú; confesaba éste haber servido de medianero para relacionar á Pichegrú con Moreau, haber pasado á Londres, haber traído á París á Pichegrú, y haberle puesto, por último, en intimidad con Moreau; pero todo, según decía, con el intento de conseguir se levantase al uno el destierro que sufría, por los empeños del otro. Lo único que no reveló Lajolais fueron las relaciones con Jorge, las cuales, una vez declaradas, hubieran hecho inadmisibles su deposición. Pero ignoraba el malhadado que las relaciones de Pichegrú con Jorge, y con los príncipes emigrados, constaban de una manera positiva por otras declaraciones, y que por consiguiente, revelar sólo el secreto de las entrevistas de Moreau, era establecer un vínculo fatal entre Moreau, Jorge y los príncipes emigrados. Bastaban, pues, las declaraciones de Lajolais para poner en evidencia el delito de Moreau. Lo primero que se hubiera debido hacer era manifestar amistosamente á este último los trámites de la instrucción, para no exponerle á mentir inútilmente; era preciso conducirlo á declarar todo, probándole que todo estaba descubierto; y si á esto se hubieran agregado un tono y lenguaje á propósito para estimularle á franquearse, quizás se hubiera dado lugar á un momento de abandono que hubiera salvado á este desgraciado. Pero en vez de hacerlo así, el gran juez interrogó á Moreau sobre sus relaciones con Lajolais, Pichegrú y Jorge, y sobre cada uno de estos puntos le dejó discurrir diciendo que nada sabía, que á nadie había visto, que ignoraba por qué se le hacían todas aquellas preguntas, y no le advirtió que se iba enredando en una maraña de denegaciones inútiles y peligrosas. Aquella entrevista con el gran juez no produjo, pues, el resultado que el primer cónsul esperaba, y que hubiera hecho posible un acto de clemencia tan noble como conveniente.

Volvió Mr. Regnier á las Tullerías á referir el resultado del interrogatorio de Moreau.—Bien, repuso el primer cónsul, puesto que no quiere franquearse conmigo, tendrá que hacerlo con la justicia.—Hizo entonces que siguiese el negocio su curso con todo rigor, desplegando la mayor actividad en prender á los culpados. Pensaba sobre todo en el modo de salvar el honor de su gobierno, muy gravemente comprometido si no lograba la prueba de la realidad de la trama con el prendimiento de Jorge y de Pichegrú. Sin esto pasaría por un hombre bajo y envidioso, que quería comprometer y perder al segundo general de la república. Descubriéndose todos los días nuevos cómplices de la conjuración, que no dejaban la menor duda sobre el conjunto y pormenores del plan, y particularmente sobre la resolución de atacar al primer cónsul en su carruaje entre Saint-Cloud y París, sobre la presencia de un príncipe joven que capitaneaba á los conjurados, sobre la llegada

de Pichegrú para concertarse con Moreau, sobre las divergencias de sus miras respectivas, y sobre el retraso que éstas originaron y que produjeron la perdición del partido. Sabíanse, pues, todos los hechos, pero aún no se había aprehendido á ninguno de los jefes cuya presencia hubiera bastado para convencer á los más incrédulos y reacios; ni se había capturado á aquel tan deseado príncipe que el primer cónsul en su cólera destinaba á un ejemplar escarmiento. El coronel Savary, apostado en la costa de Biville, enviaba partes de haberlo visto todo, de haber comprobado las declaraciones con las localidades mismas, y de haber reconocido la completa exactitud de las revelaciones hechas sobre el modo de efectuarse los desembarcos, sobre la vía misteriosa que conducía de Biville á París, y sobre la existencia de la barquilla que todas las noches cruzaba á lo largo de la costa y parecía siempre querer aproximarse sin atracar nunca á ella. Era de presumir que no viendo aquellos pasajeros en lo alto de la costa ninguna de las señales convenidas entre los conjurados, ó habiéndose enviado ya avisos de París á Londres, se hubiese dado contraorden y suspendido por lo menos el nuevo desembarco; pero el coronel Savary tenía orden de continuar en la expectativa con paciencia imperturbable.

Íbanse descubriendo en París todos los días nuevas huellas de Pichegrú y de Jorge; estuvieron á punto de ser aprehendidos, pero siempre lograron salvarse en el momento crítico. El primer cónsul, que no reparaba en medios, resolvió entonces dar una ley, cuyo carácter probará qué idea se tenía al salir de la revolución de las garantías de los ciudadanos tan respetadas hoy. Propuso al cuerpo legislativo que mandase que cualquier individuo que diese asilo á Jorge, á Pichegrú ó á cualquiera de sus sesenta cómplices designados, sería castigado, no ya con prisiones e hierros, sino con la muerte. Cualquiera que habiéndolos visto ó sabiendo su asilo no los denunciase, sería castigado con seis años de presidio e hierros. Esta ley formidable, que prescribía una acción bárbara bajo pena de muerte, fué adoptada sin reclamación alguna el mismo día que se presentó.

Apenas se publicó, siguieron á ella otras precauciones no menos rigurosas. El temor de que los conjurados perseguidos de aquel modo tratasen de evadirse, hizo que se dejara á la capital incomunicada, cerrando todas sus barreras, de modo que, por espacio de varios días, pudiera entrar en ella todo el que quisiera, pero sin que nadie pudiera salir. Para asegurar el cumplimiento de esta medida, apostáronse destacamentos de la guardia de infantería en todas las puertas de la capital, y la guardia de caballería estuvo haciendo patrullas continuas en torno de las barreras, con orden de prender á cualquiera que saltase las tapias, y de hacer fuego contra todo el que tratara de evadirse; finalmente, los marineros de la guardia, distribuidos en canoas, permanecieron de retén día y noche en el Sena. Sólo los correos del gobierno tenían permiso para salir, después de bien registrados y reconocidos, para no dar lugar á engaño ó sorpresa.

Hubo cierto momento en que parecía haber vuelto la época más espantosa de la revolución. Cundió el terror por todo París; los enemigos del primer cónsul abusaban de aquellas circunstancias desapiadadamente, y hablaban de él como se pudo hablar en otro tiempo

del antiguo comité de salvación pública. Como dirigía por sí mismo la policía, llegaban á su noticia todos aquellos dichos, y su exasperación, siempre creciente, le hacía capaz de los actos más violentos. Mostrábase sombrío é intratable, y no guardaba con nadie miramientos. Desde los últimos acontecimientos ya no disimulaba el disgusto que le inspiraba Mr. de Markoff, y las circunstancias actuales hicieron resaltar esta antipatía de una manera sumamente sensible. Entre las personas detenidas había un suizo, agregado, no se sabe con qué carácter, á la embajada de Rusia, verdadero intrigante que, ciertamente, era muy poco decoroso para una legación extranjera tener á su servicio. A esta imprudencia agregó Mr. de Markoff la imprudencia todavía mayor de reclamarlo, y el primer cónsul dió orden de que no se le soltara, de tenerlo á Mr. de Markoff que nunca, y de que se manifestara á Mr. de Markoff toda la indecencia de su conducta. Con este motivo empezó á pensar en dos circunstancias de que hasta entonces no había hecho caso: en que el antiguo agente de los príncipes emigrados Mr. d'Entraignes se hallaba en Dresde con una comisión diplomática del emperador de Rusia, y que otro emigrado, llamado Vernegues, partidario de los Borbones, y enviado por éstos á la corte de Nápoles, se hallaba en Roma y usaba del carácter de súbdito ruso. Hizo el primer cónsul solicitar de la corte de Sajonia la expulsión de Mr. d'Entraignes, y de la de Roma el inmediato arresto y la extradición del emigrado Vernegues, reclamando estos actos de rigor de un modo perentorio que no daba lugar á responder con una negativa. Así que ocurrió la primera recepción diplomática, trató de sujetar al grave Mr. de Markoff á la misma durísima prueba á que puso en otra ocasión al altivo lord Withworth; díjole que le parecía muy extraño que los embajadores tuviesen á su servicio gentes que conspirasen contra el gobierno, y que se atreviesen además á reclamarlos. «¿Cree por ventura la Rusia, añadió, tener sobre nosotros alguna superioridad que le permita semejante proceder? ¿Nos cree por ventura tan degenerados que soportemos tales cosas? Se engaña mucho, porque no estoy dispuesto á aguantar nada indecoroso de ningún príncipe de la tierra.»

Diez años antes, la benéfica revolución del año 89 llegó á ser la revolución sangrienta del año 93, por causa de las provocaciones de sus insensatos enemigos. Igual efecto tenía lugar ahora en el alma de fuego de Napoleón. Comportábanse con éste aquellos enemigos lo mismo que con la revolución se habían comportado, y trocaban de bueno en malo, y de moderado en violento, al que hasta entonces no había sido más que un sabio al frente del Estado. Los realistas que había sacado de la opresión, la Europa á quien trató de subyugar con su moderación después de haberla vencido con su espada, todo lo que para él había sido objeto de contemplación, en suma, estaba ahora expuesto á recibir de él el trato más duro. La ingratitude de los partidos y la imprudente malevolencia de la Europa habían excitado un odio tempestuoso en aquella grande alma.

Reinaba en París una ansiedad profunda. La ley terrible contra los ocultadores de Jorge, Pichegrú y sus cómplices no produjo en ninguno la baja resolución de entregarlos, pero tampoco nadie quería darles asilo. Estos desgraciados, á quienes dejamos desunidos y

desanimados por sus divergencias, erraban durante la noche de casa en casa, pagando á veces seis y ocho mil francos por un miserable escondrijo por unas cuantas horas. Pichegrú, Riviere y Jorge vivían en la más espantosa zozobra; este último, acostumbrado á los azares de la guerra civil, soportaba su situación con pecho magnánimo; había, por otra parte, comprometido en su trama á los personajes más augustos; pensaba solamente en eludir aquel mal paso, como tantos otros de los cuales le habían sacado felizmente su inteligencia y su valor, y no se creía en manera alguna envilecido. Pero aquellos individuos de la nobleza francesa, que habían creído que la Francia, ó su partido por lo menos, iba á tenderles los brazos, y que sólo habían encontrado indiferencia, rubor ó censura, no hallaban consuelo en su pesar de haber acometido tan loca empresa. Veían ahora claramente todo lo odioso de un proyecto que no se presentaba ya á sus ojos con las tintas seductoras que la esperanza del éxito presta á todas las cosas; reconocían la indignidad de las relaciones á que se habían encadenado introduciéndose en Francia con una gavilla de chuanes.

Pichegrú, que reunía á ciertos vicios deplorables ciertas dotes, como la serenidad, la prudencia, y una alta penetración, veía claramente que en vez de reparar su primer yerro había cometido otro que le sepultaba en un abismo. El de admitir con los Condés culpables relaciones algunos años atrás, le había conducido á la condición de traidor, y luego á la de proscrito; ahora iba á prendérselo con los demás cómplices de una celada afrentosa, é iba á disiparse hasta el último rastro de la gloria del vencedor de la Holanda. Así que supo la prisión de Moreau entrevió la suerte que le esperaba, y exclamó que estaba perdido. La familiaridad de los chuanes le era odiosa; consolábase con el trato de Mr. de Riviere, que le parecía más aventajado y sensato que los demás partidarios del conde de Artois enviados á París. Desesperado una noche tomó una pistola é iba á matarse, pero se lo estorbó el mismo Mr. de Riviere; en otra ocasión, no teniendo dónde acogerse, se le ocurrió una idea que le hace honor, y que honra especialmente al hombre á quien recurrió en aquel momento: entre los ministros del primer cónsul se hallaba uno de los proscritos del 18 fructidor, que era Mr. Marbois; se decidió Pichegrú á llamar á su puerta, presentándose de nuevo como proscrito de Sinnamará á otro compañero de proscripción, y convertido en ministro del primer cónsul, pidiéndole que infringiera por una noche la ley de su señor. Recibióle Mr. de Marbois traspasado de dolor, pero sin inquietud por las consecuencias de aquel paso. El mismo honor que se le tributaba confiando en su generosidad, lo tributaba él al primer cónsul confiando en que éste aprobaría su conducta. Ver á estos tres hombres tan diferentes confiando el uno en el otro, á Pichegrú en Mr. de Marbois, y á Mr. de Marbois en el primer cónsul, es un espectáculo que verdaderamente consuela del pesar que causan tan lastimosas escenas. Mr. de Marbois, en efecto, declaró más adelante lo que había hecho, y el primer cónsul le respondió con una carta que contenía una noble aprobación de su generosa conducta.

Pero aquella situación no podía durar mucho tiem-